

## NOTAS PARA UN ACERCAMIENTO A LA NIÑEZ COMO CUNA FILOSÓFICO-POÉTICA

Pablo Javier Pérez López  
Universidad de Valladolid

*Resumen: Se propone un acercamiento a la niñez como encrucijada filosófica que encarna y plantea las problemáticas y tensiones fundamentales de la actividad filosófica y poética. Se presenta la niñez como constitutiva de una doble fundamentación, vivencial y como deseada y necesaria apropiación retrospectiva desde el pensamiento trágico, asombrado y hambriento de eternidad.*

Recién parido, arrojado a la existencia<sup>1</sup>, el niño, ese pequeño hombre a la sombra, desconocedor del tiempo y las costumbres, pero sobre todo del dolor del tiempo se ve sumergido en una eternidad de asombro, experiencia y novedad.

Es esta eternidad primeriza, ese continuo descubrimiento, un encuentro con lo otro y los otros, un enfrentamiento con las cosas: recipientes de color, sensaciones táctiles y extraños sonidos que van provocando paulatinamente el descubrimiento de una primera conciencia –un saberse reflexivo, una vivencia del yo y su circunstancia– y el inicio de un primer aprendizaje individual. Es este primer vivirse, sin mediaciones, lo que convierte al pequeño y escurridizo niño en un primer aventurero en el constante fluir de atronadores y desconcertantes experiencias.

El niño siente la esencia en esta curiosidad eterna, en la experiencia diaria, que es su propia esencia; el vivir investigando por el mundo. Una investigación desarrollada a través de esas grandes escotillas abiertas como platos en

<sup>1</sup> “Entre una y otra sábana o aún más rápido que eso, en un mordisco nos hicieron desnudos y saltamos al aire ya feamente viejos, sin alas con la arruga de la tierra”. Gonzalo ROJAS, *Metamorfosis de lo mismo. Poesía completa*, Madrid, Visor, 2003, p. 128.

que se convierten sus ojos, y de sus pequeñas manos que, inquietas, agarran todo lo asible, en una curiosidad<sup>2</sup> que, ante ese miedo genuino, sincero, público, vuelve a buscar el cuerpo materno, esa calma cómplice de madre, su origen del mundo, su origen de esa experiencia radical de sus primeros tiempos sin tiempo. Este extrañamiento infantil, esta curiosidad, esta búsqueda, esta hambruna honda, debe ser, a nuestro entender el germen fundamental del extrañamiento sin enajenación que el hombre, filósofo o no, pero sobre todo filósofo y poeta mantiene alerta, esta infantil y filosófico-poética tenacidad que comparte con el loco y el embriagado. Un asombro inquieto que lo involucra sin remedio hacia la primeriza exterioridad ensimismante.

Este despertar al mundo, a la patria del parvulario queda convertido en anhelo, en una pedagogía que, presurosa, empapa de técnica, ejercicio y automatismo al niño, dejando en las aceras de la fase educativa la imaginación, el asombro y el vivir inherentes a la niñez. La pedagogía hoy sigue consistiendo en un robo, en un robar la niñez para modelar al hombre, al adulto. Se trata, pues, frecuentemente al niño hoy, y ha sido así por mucho tiempo, como un recién llegado sin criterio al que hay que enseñar, transmitir lo que el mundo es. Esto implica extirpar su niñez, su originariedad mundana, su despertar lo imaginario ante la sugerencia del mundo sustituyendo la sugerencia por la transmisión obtusa y clarividente, por la socialización paradigmática y unívoca.

Afeitar la piel suave y porosa de la niñez hasta la piel huesuda del adulto modelado supone la pérdida de una actitud necesaria en el filósofo, el poeta y en general en todo hombre no arrodillado a la rectitud, la seriedad intelectual y la falta de originalidad, irreverencia y genio que necesita una época (toda época) donde el aguijón de la sinceridad y el pensamiento crítico duelen rabiosamente.

El niño, en su infancia más temprana, antes de aprender la facultad gloriosa y maldita –y por tanto definitoria– del habla, desprendido de las densas palabras carcomidas se enfrenta al mundo, a la exterioridad que ante sus ojos se presenta, con su piel y con su querer, sobre todo con su querencia, una querencia vital: comer, abrazar, dormir, observar sin esconder su curiosidad ingenua<sup>3</sup>. En esta época, su primera época, el hombre diminuto no siente vergüenza en admitir su curiosidad y su gusaneo ante lo que vive.

<sup>2</sup> Y lo que veo a cada instante  
es aquello que nunca había visto  
y me doy cuenta de ello.  
Sé tener la curiosidad esencial  
que tiene un niño si, al nacer,  
notara que nació de veras...  
Me siento nacido a cada instante  
para la eterna novedad del mundo [...].  
Fernando PESSOA, *Poemas de Alberto Caiero*, Madrid, Visor, 1995, p. 37.

<sup>3</sup> Ingenuo / a: sincero, sin doblez.

El niño ya quiere sin palabras, ésta es una prueba primera de que el hombre *quiere*, de esa parte fundamental y fundacional del existir humano, que es la volición, la voluntad, su “conducirse hacia”, la “intuición que conduce” anterior a toda palabra –conceptualización, cosificación, cárcel en definitiva de una determinada realidad–. El niño quiere; señala, ansía el pecho materno, gruñe, patalea, señala con sus pequeños brazos... En una suerte de intuiciones, de vivencias que son la expresión primera, y por tanto más genuina de su existencia.

El *extraño extrañamiento* que el niño encarna es la capacidad más apreciada para su recuperación retrospectiva, precisamente porque la ausencia de extrañamiento supone fluir por el regato anodino de la naturalidad.

Pretendemos retratar aquí esa primera voluntad de vivir, esa voluntad carente de significación intelectual, la Voluntad en sentido schopenhaueriano, el soporte vital que nos conduce, nos impulsa a seguir el camino hacia delante; esa esencia vital que alienta la existencia, incluso antes de una hipotética toma de conciencia vital, en los primeros días o años de vida. El vivir desprovisto de representaciones conceptuales y otras objetivaciones, la vida recorriéndonos los huesos y la carne, sólo la vida, sólo la magia que mueve nuestro cuerpo. Es precisamente la niñez más temprana símbolo, pero además encarnación, como decíamos, de este querer previo y genuino, de esta excentricidad del alma como diría Ortega, “de una plena corporalidad almática”; el sujeto, la individualidad, no acaba de discernirse separada del torrente tenaz de lo vital. El niño más recientemente aterrizado es pura animidad: pura animación, pura y desbocada vida, un potrillo desbocado que se agita mostrando una exteriorizada variedad de sus afecciones, de su padecimiento, de lo que le pasa, de su pasión genuina y originaria<sup>4</sup>.

Esta especial relación dicotómica entre la vida que quiere por nosotros y la vida querida por nosotros nos lleva a entender que también la vida fue transmitida por los muertos y que “la eternidad está en las cosas del tiempo, que son formas presurosas” como dirá Borges.

Lo que permite que yo esté aquí, sujetando este bolígrafo repleto de inquietudes, chispazos y ebulliciones interiores, dejó de estar, pero de alguna forma está al haber trasmitido la magia del vivir, del movimiento, del cuerpo...

<sup>4</sup> “Contemplemos la vida del niño. Su alma apenas sí ha comenzado a formarse y su espíritu no ha despertado aún. Las acciones que le vemos ejecutar, su existencia toda están dominadas casi exclusivamente por el alma corporal. Si le comparamos con el adulto nos parece muy próximo al animal y, como éste sin plena individualidad. ¿De qué centro emanan sus actos? En el niño, como en el animal, tenderíamos a no hablar de centro alguno y juzgaríamos más adecuado decir que son meramente periférica. El niño va de acto en acto, como empujado por una fuerza externa a él. Estos actos se suceden y enlazan como los eslabones de una cadena, en que una pieza arrastra la otra; pero no emanan de un centro interior a él. El niño, como el animal, no se siente ‘frente’ al cosmos sino que es trozo del cosmos. No tiene cámara ni recámara. Por esta razón su existencia parece exenta de centro radiante”, José ORTEGA Y GASSET, “Vitalidad, alma, espíritu”. *El Espectador*. Tomo V, Madrid, Austral, 1966, p. 89.

El niño es un eslabón recién forjado llegado al mundo de esta tenacidad paradójica, tensa e irrenunciablemente apasionada en su éxito fracasado. El niño aún no sabe del por-venir, es puro ahora tenaz, todavía no se ha cuestionado por el misterio del vivir y es eslabón último de la cadena de la vida, “el éxito de todos los fracasos, la enloquecida fuerza del desaliento”, como diría Ángel González.

La falta de extrañamiento es la enfermedad más infecciosa de la actualidad vivible. El niño asombrado abre la boca y los ojos, se admira de lo que ve, de lo que siente y también de lo que le cuentan. El niño se pierde entre historias y mitos y utiliza estos para acercarse a su realidad más próxima. El niño recién aterrizado aún no ha pisoteado el lunar encantamiento del vivir. Estas capacidades o capacitaciones infantiles son imprescindibles para el filósofo, el poeta y el sintiente en general: el niño absorto tras la ventana ante la lluvia, ante serpenteantes copos de nieve se planta tras el cristal, en la soledad de su cuarto, en esa soledad infantil, en la soledad del pequeño soñador escurridizo, en la inocencia del devenir.

Las habitaciones infantiles ocultan preciados misterios y fantasmagorías. Duendes y animales desvelan un envoltorio de especial encantamiento. Alejados del colegio, del intento prematuro por acabar con la espontaneidad más genuina, de la disciplina; el niño vuelve al juego<sup>5</sup>, a su mundo en la noche, en la oscuridad soñadora donde el tiempo desaparece de nuevo, después de las largas horas de escuela, y puede vivir esa *fuerza tierna*, en palabras de Cernuda, esa paradójica forma de existir a la sombra, feliz y eterna.

Es esta capacidad extraña y a la vez natural de asombrarse, de en-sombrarse, de volver a la sombra, de volverse a la sombra ineludible, necesaria en el filósofo. Sin asombro, pues, no hay, no puede haber filosofía sino identificación con la naturalidad<sup>6</sup>. La curiosidad, el querer saber conjugado con ese querer vivir, convierten al niño en el primer filósofo de la Tierra. En el primer defensor de la vida y en el primer curioso imaginario de la misma –convierten al niño diminuto en tamaño, en un gran gigante dispuesto a saciar su hambruna en un masticar lento y curioso de la realidad cruda–.

El asombro, la ensimismación, no se quedan en contemplación, sino que, adquirido el habla, el elemento diferenciador del animal humano explota cuando el niño espeta millones de preguntas y cuestiones por día, convirtiéndose en el preguntador profesional que debiera ser hoy y siempre el filósofo.

<sup>5</sup> Pero el juego en estado puro, un juego no impuesto ni ritualizado sino vivo en la cumbre de la espontaneidad humana del niño, “para quien el juego es la vida misma”, Antonio MACHADO, *Canciones y aforismos del caminante*, Barcelona, Edhasa, 2001, p. 49.

<sup>6</sup> “Una sola cosa me maravilla más que la estupidez con la que la mayoría de los hombres vive su vida: es la inteligencia que hay en esa estupidez”. Fernando PESSOA, *Libro del desasosiego*, Barcelona, Círculo, 1982, p. 81. [Tomar conciencia implica enfermar, como entre los antiguos griegos cabe decir que el pensamiento es una maldición divina. El hambre de animalidad divina puede más, sin embargo, y el hombre que sale de la domesticación enferma de un saber amargo pero anhelado].

Sus *¿por qué?* se convierten en una melódica reiteración día tras día en un cúmulo de preguntas más o menos molestas o incómodas para los adultos, que, de la noche a la mañana, se convierten en los desveladores de los misterios y secretos del mundo y de la vida, adquiriendo una responsabilidad inusitada.

Éste preguntarse *por qué* hace del niño el primero de los filósofos genuinos junto con el embriagado y el considerado loco. *¿Cuál es la primera madre?*, espeta el niño sin vergüenza alguna. Son estas las cuestiones sobre las que el filósofo se posiciona en creencias construidas apuntalando su inquietud y sus zozobras.

Es ésta, por tanto, la tarea fundamental de la filosofía, preguntarse, cuestionarse. No ya el explicar –ésta es tarea pretenciosa de algunos lógicos, matemáticos o científicos<sup>7</sup>– sino el comprender, y de alguna forma aprehender significativamente las realidades que se me presentan, que vivo en mi experiencia del mundo –tratar de captar qué significan en mí, para mí (también para los demás)– pero partiendo de mi mismidad, qué añaden, qué dan, de qué me impregnan o tintan el disfraz del estar –del existir–. Un cuestionarse que no nace sin sugerencia, sin capacidad para asombrarse, sin deslindarse del regatillo de la naturalidad. He ahí lo paradójico, para saber, para saciar el hambre, el hombre reflexiona, se enfrenta al objeto (*objectum*) con lo que accede a la dolorosa experiencia de la contingencia, de la fragilidad genial del sintiente humano, de la misma forma que el inocente prisionero de la caverna platónica se encuentra a su salida una dolorosa libertad, un destello hiriente análogo al relámpago que golpea al niño que toma conciencia de la muerte<sup>8</sup>. (“Todos los niños son espejos de la muerte” dirá Jean Paul Sartre).

La filosofía se escribe, pues, desde el vivir como el cuestionamiento inquieto del niño. La filosofía infantil trepa por la vida hasta el concepto. Haber olvidado esta experiencia radical del mundo –no dominada por la hipotética racionalidad que albergamos–, constituye el más grave delito filosófico nunca acaecido. Dar la espalda a la vida, para trepar por los conceptos hacia no se sabe bien qué, convertir el pensamiento en el encarcelamiento monolítico de la esencia, es, a mis jóvenes ojos, el asesinato más extravagante, artificial e injustificado de la historia. Esto supone detener ese fluir esencial de lo que nos habita, detener el río incesante de vida que nos recorre cada día y que heredamos de los muertos, de los que vivieron.

Es de alguna forma esta esencia –podríamos definirla como poética–, de baile no disimulado sobre las palabras y las cosas, de vivencia bruta anterior al concepto, centrada en el juego; el disfrute de las sensaciones y la amistad

<sup>7</sup> Aquellos que todavía creen que el hombre es algo más que un animal enfermo, el único –eso sí– que le canta a la luna; el único que vive cantando.

<sup>8</sup> “Los niños me parecen a veces delincuentes sin culpa que han sido condenados no, ciertamente a morir, pero sí a vivir, pero que no han oído el contenido de su condena”, Arthur SCHOPENHAUER, *Parábolas, aforismos y comparaciones*, Barcelona, Edhasa, 2002, p. 33.

física que el niño personifica. Transmitir al niño lo que son las cosas, señalando a la par el objeto y la palabra con la mano y la boca respectivamente; etiquetar el mundo –de una única manera posible–, convertir al niño en el heredero de esas endurecidas cicatrices, es el primero –y por tanto el más certero– de los ataques a la imaginación. La aparente ausencia de horror, de miedo ante el enigma que supone esto –la tierra, el mundo– se debe, precisamente a esta capacidad imaginativa, y es de hecho ésta capacidad la que nos diferencia de los demás animales terrestres.

Imaginar –capacidad de ensimismamiento para volver a la vida– es una cualidad fundamental de la niñez. El niño queda aturdido, alucinado, distraído, absorto ante la novedad, ante la luz, el color, el abrazo; le maravilla que ciertas cosas puedan ser así, y por eso cuando tiene ya capacidad de habla, pregunta y se pregunta, por el mundo. Ese ensimismamiento es germen poético y filosófico. Es el germen de la imaginación; de la capacidad de elaborar artificios –conceptuales o materiales– que permiten investigar nuestro ámbito más cercano. Y en última instancia es necesidad para sobrevivir. Necesitamos más imaginadores distraídos para este barco zozobranante.

Sin la imaginación, el hombre deja de ser hombre para convertirse en materia en movimiento, en carne sin habla y sin pensamiento, porque pensar es imaginar con palabras, pero partiendo del experimentar desde la vida, siempre desde la vida cotidiana –nuestra–, desde el hombre que vive, siente, llora y ríe, desde el hombre de carne y hueso unamuniano. Su capacidad de vivir sin pensar, de querer, incluso antes de hablar, de asombrarse, de preguntar, de imaginar, convierte al niño en un pequeño loco locuaz desde la tensión indestructible entre el vivir sintiendo y el vivir pensando, entre la ingenuidad y la persistente madurez académica o paternal. El intento de traslado de ese mundo infantil al de la objetividad, la verdad, la tradición, la costumbre, es un brutal asalto al derecho de soñar del niño y la posibilidad de nuevos mundos<sup>9</sup>. Matar niñez es matar arte posible, por tanto, novedad<sup>10</sup>. Dicho de otra forma: el mundo arrugado, viejo, “el niño lo salva con sus ojos nuevos”, diría Antonio Machado. Ojos de artista, que pretende hacer ver la faz olvidada de lo cotidiano y de lo esencial.

Situarse, como si de casillas diferentes se tratara, en la *no infancia* supone renunciar a nuevos poetas y filósofos, a nuevos hombres que se desmarquen del camino repleto de la naturalidad para marcar nuevos rumbos y creencias

<sup>9</sup> “...desde el momento en que un niño ha alcanzado la edad de razón, desde que pierde su derecho absoluto a imaginar el mundo, la madre considera un deber, como todos los educadores, el enseñarle a ser ‘objetivo’, pero objetivo en el simple modo en el que los adultos se creen objetivos. De esta manera se le atiborra de socialidad, y se le prepara para su vida de hombre, en el ideal de los hombres estabilizados. Demasiado pronto se le obliga a perder el derecho a imaginar el mundo y a entrar en una manera muy peculiar de objetivizar el mundo” [Gaston Bachelard en *Lautreaumont*].

<sup>10</sup> “El niño nace artista y suele dejar de serlo en cuanto se hace hombre. Y si no deja de serlo es que sigue siendo niño”. Miguel de UNAMUNO, *Pensamientos y Sentimientos*, Salamanca, Consorcio Salamanca, 2002, p. 29.

que permitan cabalgar nuevos caminos y divisar la multiplicidad inabarcable de horizontes (delimitaciones del mundo).

Todo esto aquí escrito era bien sabido por Nietzsche, quien sitúa, al relatar las transformaciones del espíritu, al niño como encarnación del espíritu de la posilustración; el espíritu artístico-infantil del juego, un espíritu metacrítico en la vida; la vida es el juego, el juego la vida misma. El niño es el artista, el artista que juega primero con el vivir y después con las palabras. Pero cuando Nietzsche habla del niño y del juego, no piensa en los dioses griegos en general, sino especialmente en el dios niño Eón del que habla Heráclito: “El tiempo de la vida (o de la fuerza) es un niño que juega, que juega a un juego de tablero y de él es la realeza<sup>11</sup>”.

El niño de la tercera transformación es el artista creador equiparado al divino, el niño creador que hace justificación estética del mundo: un santo decir sí; una inocencia eternamente idéntica. Estamos por tanto ante una personificación mítica del también simbólico “eterno retorno”. Este es el Eón, el niño en la inocencia del devenir, la personificación de la rueda del mundo; del eterno retorno, de una opción vital que pasa por revolverse a la niñez tratando de revivir una eternidad mundana, impuesta. Es decir, la fundamentalidad de la niñez es doble. Por una parte la fundamentalidad vivencial, accidental, y por otra la niñez como apropiación retrospectiva, como integración para la madurez. La madurez del hombre será reintegrar la seriedad del juego infantil en su vida<sup>12</sup>.

Hablar de niñez, por tanto, no es, como pudiera pensarse, cosa baladí, hablar de niñez es hablar de un importante núcleo simbólico, de un cogollo filosófico atravesado por grandes nervios centrales del cuestionamiento y la búsqueda filosófica. Hablar de niñez es hablar de existencia encontrada, en principio, primaria, de tensión fundamental y originaria. Y por encontrada, temporal, de tiempo (incardinación, urdimbre, *symploke*, de ser y tiempo) y hablar de niñez es por tanto hablar de misterio, del misterio del mundo y de la vida, del enigma de la indigesta exterioridad propuesta a nuestro existir. Es decir, hablar de niñez es hablar de asombro primero, de extrañamiento; y por tanto, de ilusión, fantasía, imaginación como reacción necesaria e instintiva e indispensable del animal humano ante lo enigmático.

Existencia, tiempo, misterio, vida-mundo, asombro, fantasía e imaginación, enmarañan la niñez como temática filosófica, pero a su vez desde un pensamiento trágico, desde una filosofía instalada en la tensión existencial, hablar de niñez es hablar de la necesidad de recuperación retrospectiva de la misma o si se quiere de su integración para la madurez. Una madurez que supone la seriedad del juego y del vivir pleno –“la imposición de la eternidad a la vida” diría Juan Ramón Jiménez–, un intento de superación tensional que pasa por afir-

<sup>11</sup> Véase Fragmento B 52 de Heráclito.

<sup>12</sup> “Madurez del varón: haber reencontrado la seriedad que tenía de niño al jugar”, Friedrich NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*, § 94.

marse en la vida, en el juego infantil; en el barro del mundo. Es, a mi entender, ese el cuestionamiento básico de toda la filosofía auténtica (de toda filosofía que pretende ser dueña de sí misma, de toda filosofía escrita con el cuerpo, con todo el cuerpo, con todo el pensamiento-sentimiento). De ahí la fundamentación de la niñez, como símbolo, pero no sólo símbolo sino necesidad y cuna: lugar de reposo y masticación recurrente de la cruda realidad y evidencia del paradigmático *ser ahí* del animal humano: realidad radical y mestiza.

Por tanto, la niñez, desde esta perspectiva, deja entrever una fundamentalidad del vivir, recuperada retrospectivamente como evidencia tensional entre ilustración y romanticismo o si se quiere entre querer saber –*sapere aude*– y querer vivir –anhelo pasional–, querer saborear sin tiempo.

Esa curiosidad esencial infantil, integrada para la madurez en el hacer filosófico-poético implica, como ya dijimos, hambre sapiencial, un hambre cognoscitiva envenenada de un saber amargo (dolor de tiempo-desasosiego existencial). Cuando el niño se hace hombre, o mejor dicho, cuando al niño le hacen hombre despojándolo de su recubrimiento poroso y encarnado, cuando se le despoja de su “estar” turbulento y anhelante, de su poliédrico y complejo querer, sentir y pensar, se poda buena parte de un futuro crear original, nuevo, los ojos del adulto podado de imaginar se vuelven monótonos, serios y esclavos de la naturalidad.

Habitualmente, cuando se intenta diseccionar al hombre, el único animal que disecciona –se disecciona a sí mismo– se diferencia el sentir y el pensar como dicotomía paradójica pero como paradoja en la que el alma racional platónica amarra al desbocado caballo pasional con su fusta dura y recta. La tensión del *ser ahí* humano es propia de su animalidad anhelante, de su cuerpo animado que aletea sobre los demás animales que descansan felices en una sombra de naturalidad sin sobresalto.

Recuperar la niñez para la madurez implica deslindarse de un pensar “abstraído”, separado y separador, responder quizá, como posibilidad, que el misterio del mundo es la ausencia de éste, que no tiene misterio y que pensar es enfermar. Elegir el vivir implica elegir el pensar y el sentir, tratar de conciliarlos de la misma forma que el equilibrista pasea por la tensión de su cable intentado unir dos cabos. Esta es la elección de la infancia, un vivir animal que ha pasado por el pensar para recuperar como necesidad un vivir intenso de excentricidad almática. Recuperar la niñez para la madurez implica también sortear la herida del tiempo:

*Soy como un niño distraído  
que arrastran de la mano  
por la fiesta del mundo.  
Los ojos se me cuelgan, tristes  
de las cosas...  
¡Y qué dolor cuando me tiran de ellos!<sup>13</sup>*

---

<sup>13</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, *Segunda antología poética*, Madrid, Austral, 2001, p. 354.

En gran medida, recuperar, integrar la *madurez infantil*, supone re-crear, re-des-cubrir creativamente. En cierta forma el poeta, el filósofo es niño, se cuela gateando por las sombras porosas de la realidad. Porta una especial ganzúa discreta que despega las palabras de las cosas. Su hambre es enorme, empalabra de nuevo, crea mundos, pare *creancias* –creencias creadas– en lo que supone además un volver a un lenguaje no directo, metafísico o simbólico cercano al vivir concreto, engrasando las palabras excesivamente oscuras en una renuncia manifiesta al lenguaje especular (realismo ingenuo). Ortega pone de manifiesto brillantemente la necesidad de recuperar esta audacia infantil en *La psicología del cascabel*<sup>14</sup>. La pedagogía, su espíritu último o previo, como ya apuntamos, trata de cercenar la niñez, tesoro irrenunciable, alma del cascabel humano, de la coraza corpórea. Superar la infancia cronológicamente admite, una vez integrada, volver a agarrarse a ella no sólo como remedio sino como necesidad. Este “núcleo íntimo, agitado y vivaz” en palabras de Ortega, es la libertad, la propia querencia, la propia vida y la pulsión de nuestro tuétano alámico, la voz inquieta del animal humano, su canto imparabile, su aullido empalabrado; el ritmo que late en su vivir –su renuncia a morir, a despegarse del río del vivir, su amarrarse por siempre al vivir pleno, su enfermo querer, su mirar siempre al futuro, su proyectar-se, su crear-se–.

Y es que hablar de niñez es en gran parte hablar irremediamente de dolor de tiempo, como dijimos, de anhelo de la eternidad infantil, cuando el tiempo nos alcanza, en palabras de Cernuda, cuando el agujijón de la muerte picotea nuestra joven conciencia ingenua e invencible hasta entonces. Un anhelo, un hambre de inmortalidad que no es sólo anhelo romántico este integrar la niñez para la madurez, sino afirmación de esa necesidad de asombro, crítica al olvido adulto de la niñez perdida (necesidad metodológica) y necesidad vital, recuperación del vivir intenso, genuino, primario que sumerge al sujeto que transita por el agujijón olvidado del tiempo y la muerte,

<sup>14</sup> “La incompreensión de la vida infantil que solemos padecer procede de que juzgamos los actos de los niños suponiendo a éstos sumergidos en el mismo medio que nosotros. Partimos de nuestro mundo como de algo definitivo... Consideramos la infancia como una etapa enfermiza, defectuosa, que la vida humana atraviesa para llegar a la madurez. De ahí que siempre la pedagogía tienda siempre a actuar contra la niñez del niño, a reducir cuanto puede su puerilidad, introduciendo en él la mayor cantidad posible de hombre. (...) Siempre se hace que la madurez grave sobre la infancia, oprimiéndola, amputándola, deformándola. (...) Hay hombres que llevan en el ángulo de la pupila una inquietud latente, la cual hace pensar en un niño acurrucado y escondido, presto a dar el brinco genial sobre la vida, la carrera loca y alegre que proporciona el gran botín de la ciencia, del arte y del imperio. Sólo esos hombres me parecen estimables, y el resto es contabilidad. (...) Así, es la madurez no una supresión, sino una integración de la infancia. Todo el que tenga fino oído psicológico habrá notado que su personalidad adulta forma una sólida coraza hecha de buen sentido, de previsión y cálculo, de enérgica voluntad, dentro de la cual se agita, incansable y prisionero, un niño audaz. (...) Somos todos, en varia medida, como el cascabel, criaturas dobles, con una coraza externa, que aprisiona un núcleo íntimo, siempre agitado y vivaz. Y es el caso que, como el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para libertarse y chocar con las paredes inexorables de su prisión. (...) Así el canto del poeta y la palabra del sabio, la ambición del político y el gesto del guerrero son siempre ecos adultos de un incorregible niño prisionero”, José ORTEGA Y GASSET, “La psicología del cascabel”, *Biología y Pedagogía. El Espectador*. Tomo III, Madrid, Austral, 1966, p. 97.

en momentos de eternidad: eternidades, vivencias intratemporales escogidas desde la reflexión en un intento de ficción elegida, interna y tan plena como robusta de almática, desgarradora y poética existencia reinventada y re-descubierta. Hacer arte antes de que la muerte llegue, dialogo con el tiempo: creer y crear; tratar de superar el cable del equilibrista que une “realidad y deseo”, en términos poéticos de Cernuda. Ese intento de conciliación, que es el propio hombre arrojado a este vivir, es el que toda filosofía afronta, enfrenta y siente en confrontación. Intentar adueñarse de uno mismo implica adueñarse en vida, liberarse con la máscara trágica del creador. Decir la verdad  *fingiendo* (“el poeta es un fingidor”, nos dice Pessoa); hacer arte con todo el cuerpo, crear desde la tensión del *ser ahí* y decir del mundo desde la intuición viva y coleante de los instantes ensanchados. Amarrarse a esta tierra con las uñas, los dientes y las ilusión –imaginación consciente que se vive–. El hombre es un equilibrista, su tensión es la de un existente animal que se sabe morir, la de un animal corpóreo que habita un querer vital que anhela eternidad casi instintivamente<sup>15</sup>. En este sentido es magnífica la metáfora del cascabel propuesta por Ortega en *La psicología del cascabel*. Nuestra coraza corpórea oculta una excentricidad almática, un querer, una voluntad que nuestra conciencia trata de dominar con la fusta de la convención y las vestimentas de la costumbre y la moral. Es, por eso, el niño evidencia de esta tensión existencial y apasionada, de ahí el anhelo de infantilidad, el querer desvestir convenciones para volver al vivir mismo y primario en el que renace un pensamiento trágico (poético).

Niñez es voluntad de vivir, recuperación del anhelo de lo eterno traducido en un vivir apasionado, curioso y ensombrado. De ahí que el poeta sea niño que quiere seguir siéndolo, ensoñador de lo posible, devorador de la realidad cruda, filósofo que gatea por el barro cálido del mundo.

---

<sup>15</sup> “Los hombres son para la muerte, pero las creencias, sobre todo la poesía, miran y se alimentan de la eternidad”, Diego ROMERO DE SOLÍS, *Enoc. Sobre las raíces filosóficas de la poesía contemporánea*, Madrid, Akal, 2000, p. 48.